

PASADO Y FUTURO DE LA POLÍTICA EXTERIOR FRANCESA *

Una de las filípicas más violentas contra la política exterior de la V República francesa fue la hecha en un libro—*La política exterior francesa*—por un ex jefe de Gobierno, el anciano Paul Reynaud, en 1964. Ni que decir tiene que el mismo año aparecía traducido en Estados Unidos, con una elocuente variante: *La política exterior de De Gaulle*. Le sobraba razón a la variante. Era el mismo Reynaud que había declarado a Francia «el enfermo de Europa» cuando todavía faltaban ¡cinco años! para 1958.

Según él, «la política exterior gaullista no está basada en ningún principio; consiste meramente en una serie de políticas contradictorias motivadas por ilusiones y luego por rencores». Hacía la típica y archiconocida enumeración de ellos, que podrían incrementarse con los de los años que siguieron. Reynaud (y Reynaud simbolizaba muchos Reynauds) era consecuente en su conclusión: «Esta es la razón del fallo de De Gaulle al apreciar las realidades de la política mundial de hoy.» Fue más lejos: «La política es un arte difícil.» Finalmente, la desesperación: «¡Ay!, la tragedia personal de De Gaulle es también la tragedia de Francia, porque Francia es la víctima de todos estos errores.»

Un par de años más tarde, en 1966, se publicó en Inglaterra un grueso volumen titulado *Cien grandes acontecimientos que cambiaron el mundo*, cuyo subtítulo era *De Babilonia a la Era del Espacio*. No es un libro más de su género. Intervienen especialistas. Que nos hable de la nariz de Cleopatra o de Jesucristo, Copérnico, la penicilina o Stalingrado es inevitable. Lo que llama la atención es el acontecimiento número 100: «De Gaulle vuelve al poder. (Las políticas europea y mundial toman nueva forma)», por Edward

* Este artículo fue publicado en *Índice*, números 251-252, correspondientes al 15 de julio y 1 de agosto de 1969.

Ashcroft. Entresacamos estas líneas: «...el efecto de su liderazgo no puede todavía juzgarse adecuadamente. Pero mucha gente en Europa, tanto en la occidental como en la oriental, considera que, aparte de salvar a su país y con ello a Europa de la división en 1958, personifica con sagacidad un nuevo espíritu en el mundo, uno que rehúsa aceptar la dominación de la política mundial por los dos grandes gigantes, Estados Unidos y la URSS».

De «L'homme malade de l'Europe» al «enfant terrible» del mundo.

Entre Reynaud y Ashcroft hay algo más que un contraste de pareceres. Sería equivocado interpretar los episodios del mayo francés de 1968 como un espaldarazo a la tesis del primero. Una publicación tan crítica y seria como «Le Monde Diplomatique» insertaba en su primer número de 1968 una serie de artículos trazando un balance de los diversos aspectos de la década de política exterior gaullista. En su entrada se ponía de relieve que este sector de la política constituía el «dominio reservado» del general. Recalcaba que la política exterior daba la impresión de tener detrás la *quasi-unanimité* de la opinión de la nación francesa. Esto sólo se deterioraría con la toma de posición del presidente en el conflicto árabe-israelí. Pero aun así, de tan aceptada y dada por supuesto por la gran mayoría, la política exterior del régimen no le sirvió de nada (pero sí de amortiguador del partido comunista) en la llamada «revolución de mayo». Precisamente el día en que Hanoi y Washington se ponían de acuerdo en elegir París como lugar de sus negociaciones, consagrando simbólicamente el triunfo de De Gaulle en un punto tan sensible como el Vietnam, que conmovía a toda la juventud sensible del mundo, esta misma juventud se rebelaba en Francia contra todo lo divino y todo lo humano. Contra todo, excepto contra la política exterior de Francia.

La Francia gaullista, en política exterior (además de la China maoísta), ha supuesto la fuerza aislada más divisoria, más eficaz y más trascendente en un mundo de bloques y de obtusos planteamientos heredados. De Gaulle ha sido el hombre capaz de hacer volar tabúes en todas direcciones (quizá al precio de inventar otros, pero, ¿cuáles?). La política de Mao, el otro gran aguafiestas, ha sido, en cambio, de congelación, no de deshielo.

Jean Lacouture, en su profundo y sintético estudio del general, de lo que se lamentaba era de que el inquilino del Elíseo tuviera la talla de un

Richelieu en política exterior, pero que no pasase de ser un Mazarino en problemas internos.

El todo y las partes.

«Dentro de veinte años—decía en su libro Paul Reynaud—, cuando haya mil millones de chinos, nuestros descendientes se extrañarán al darse cuenta de que en 1964 hubo un estadista que, como política deliberada, pudo considerar la división de la raza blanca.» Reynaud no era en modo alguno un fascista. Era un hombre que llamaríamos sensato. Y también un tanto maniqueo y bastante comodón. Era un hombre como tantos otros, asustado por las responsabilidades de la historia, tal vez aterrado en su vejez por un nivel histórico que se le escapaba, si es que había conseguido aprehenderlo. Estos hombres buscan la solución saliéndose por la tangente, por la línea de menor resistencia, eludiendo así el meollo de las problemáticas. El Reynaud de 1964 pertenecía a la especie abundante de los que creían que la capital y meca de la «raza blanca» era Washington.

Era un representante más del fácil «atlantismo», es decir, de esa gente que se instala en la creencia de que es posible una íntima compenetración, si no más, sin riesgos, que abarcaría desde lo que queda de telón de acero hasta San Francisco (dirección Este-Oeste), sin plantearse más cuestiones, algunas de las cuales deberían ser instintivas y básicas como, por ejemplo, ¿quién mandará? Creen que el *partnership* lo arreglará todo. Pertenecía al mismo tipo de creyentes apriorísticamente incrédulos de un posible contenido del eslogan (ya que no fórmula) «del Atlántico a los Urales»—¿no supondría un reagrupamiento de la «raza blanca»?—, que cuando menos tiene la virtud de ser más *imposible*.

La política exterior del general fue, si se quiere, un sistema de contradicciones (¡pobre del país cuya política exterior no tenga «contradicciones»!) tan completas y mutuamente condicionantes que, como un todo, llegaron a encontrar su propio equilibrio. Las contradicciones de la V República en el «dominio reservado» de su primer presidente fueron tantas y tales, aunque en realidad entretejidas consecuentemente, que emergieron como un fenómeno nuevo, complejo y coherente altamente comprensible. Entrar en cada uno de sus ingredientes para desentrañar esta suerte de cosmogonía de la política internacional sólo podría efectuarse por artículos separados.

Pasaremos somera revista a los puntos más sobresalientes, y comprobaremos cómo los elementos que subjetivamente introdujo el general han cristalizado en objetivos, difíciles de destruir (porque De Gaulle actuó descaradamente, no subrepticamente), pero no de ser reencauzados. Esto comenzó a hacerlo el propio De Gaulle, en algunos aspectos, tras los *événements* de mayo y la intervención soviética en Checoslovaquia en agosto siguiente. Ambas sacudidas se habrán demostrado *contrarrevolucionarias*, con especial impacto sobre la política exterior francesa, lo cual coadyuvaría a la autoinmolación del general.

Estados Unidos de América.

A partir de 1962, terminada la pesadilla de Argelia, De Gaulle arreció su campaña contra los «anglosajones». USA fue el objetivo primordial. Pero no fue un antiamericanismo lo que le impulsó, sino la hegemonía americana y, en definitiva, la forma de concebirla y consumarla. En decisiones extremadamente importantes que podían llevar al mundo a una conflagración mundial, Norteamérica sorprendía con la política del *fait accompli*. El anuncio—sorpresa para la OTAN, no para el Kremlin—de la visita de Nixon a Rumania constituye el ejemplo más reciente.

De Gaulle no es que desee un publicismo aliado integral, pero sí una cúspide que además de Washington y Londres integre París. (Su concepción de la ONU será la misma, deseando potenciar el club llamado Consejo de Seguridad, entendido en sus miembros permanentes.)

El viaje de Nixon por Europa y sus declaraciones en París demuestran que el Elíseo no soñaba cosas tan descabelladas. La irrupción soviética en Checoslovaquia aceleró el acercamiento franco-americano, pues el proceso estaba ya iniciado con Johnson.

Sistema monetario internacional.

El instrumento *pacífico* de la política de poder americana es el dólar. Con el déficit crónico de la balanza de pagos estadounidense, a lo largo de años y años, el dólar estuvo cada vez menos respaldado por la cobertura de oro. Aceptándose—ansiándose—el dólar como dogma de fe, el capitalis-

mo americano podía apoderarse impunemente y a discreción de las industrias y actividades de los sectores económicos que le apetieseran. La única forma de ponerle cierto freno era transformar los dogmas de fe en oro.

La filosofía que en torno al oro montó el general (léase también Rueff) debería comprenderse sobre todo como una espuela precipitadora de una reforma del sistema monetario internacional, cuya penosa operatividad ya no admite paños calientes. El calvario de la libra esterlina indica que no ha pasado aún todas las horcas caudinas.

Cohn-Bendit y lo que siguió sentenciaron al franco, que por lo demás descansaba en una posición de solidez más aparente (reservas de oro) que real (economía dinámica) por causa del emporio de Alemania. Dólar y franco tuvieron que acordar una tregua indefinida, que muy probablemente será definitiva. Cuando en noviembre sobrevino la crisis del franco, observamos cómo franco, libra esterlina y dólar se aliaron contra el marco. En su fracaso, una vez más De Gaulle puso en evidencia la inevitabilidad y conveniencia de una reforma del sistema monetario internacional. La elocuencia de su derrota surtió más efectos que el peso de sus razones.

Gran Bretaña e integración europea.

Es un principio aceptado comúnmente la perogrullada política que la integración de Europa acabaría con los males de Europa. El nacionalismo gaullista sería el obturador sistemático de la gran solución. Pero la problemática radica en los medios; sin ellos, el ideal maximalista no supera el nivel de declaración de buenas intenciones.

Cuando se habla de Europa, aun reduciéndola a la occidental, se barajan dos nudos gordianos. Uno de ellos es el Reino Unido, la nación que llama frenéticamente a las puertas del Mercado Común (no de la Europa políticamente integrada, como saben sus valedores), pero sin aceptar sus reglas mínimas y sin despegarse de las llamadas «relaciones especiales» con Estados Unidos (que éstos tienen que *sufrir*, pese a las indirectas y directas para que se liquiden), dando así la sensación ora de ser caballo de Troya ora de comparsa o, lo que puede ser peor, de que su insistencia obedece a buscar en el ingreso en la CEE más un cúralotodo a sus pesares económicos que a un convencimiento vocacional.

Lo paradójico es que hay una serie de puntos de acuerdo básicos entre

París y Londres: supranacionalidad (hasta el punto de entristecer a los holandeses), apartamiento germano del gatillo nuclear... Ya es muy significativo que el «affaire Soames» llegase a plantearse. No se olviden las aventuras del «Concorde», el acuerdo para el túnel bajo el canal de la Mancha y demás proyectos técnicos llevados a cabo en común por los dos «enemigos seculares».

El «totorresismo» beneluxino prestó un mal servicio a Europa desechando, sin siquiera discutirlo, el «plan Fouchet», que pretendía poner las bases de una colaboración política en la «Pequeña Europa». Claro que también fue Spaak quien puso todo su calor en el espantajo de la Comunidad Europea de Defensa, a la que tuvo que hundir desde el poder un antigaullista como Mendès-France.

Alemania y Reunificación.

El otro nudo gordiano es Alemania. La Francia de De Gaulle ha sido el único país occidental que ha reconocido taxativamente y sin contemplaciones la frontera del Oder-Neisse y que ha dicho claramente NO a la adquisición de armas nucleares por Alemania, torpedeando incluso una fórmula más directa de control, como hubiera supuesto la «fuerza multilateral». De Gaulle ejerció una especie de magnetismo personal sobre Adenauer, sin lo cual no se explicaría una serie de apoteosis que ocultaban incompatibilidades cardinales.

Mas lo cierto es que en octubre de 1966 era el propio presidente Johnson quien alteraba el orden de «reunificación, después *détente*» por el esquema francés «reunificación gracias a la *détente*». Esto contribuyó a la caída del americanófilo Erhard y a que se abriese paso la «gran coalición». Willy Brandt, a pesar de tantos puntos en contradicción con el gaullismo en cuestiones de «integración europea», tiene puntos de vista muy similares, en cuanto al «problema alemán», a los del gaullismo. Muchísimos más que los democristianos o el «gaullista» Strauss.

De esa forma de concebir la *détente* al Tratado de no proliferación de armas nucleares (una aparatosa fórmula para señalar principalmente a Alemania) sólo había un paso. Alemania, cómo no, pretende no darse por aludida.

Así, pues, mientras la «nacionalista» Francia es statuquista en fronteras (el desencadenador de guerras por excelencia), la «europeísta» Alemania

es revisionista, apuntando a un viejo orden de cosas. Quién mandaría en un «atlantismo» aparece claro. ¿Quién mandaría en una Europa integrada políticamente y cómo se condicionaría en ella el candente problema alemán, con una Alemania que tiene la más boyante de las economías del viejo continente?

OTAN, mundo del Este y «détente».

El nacionalismo a-ideológico gaullista ha tenido la virtud de facilitar el salto por encima de los anquilosamientos de la guerra fría. Rusia cuenta antes que la URSS, como Vietnam—del Norte o unificado—más que el comunismo chino, y la URSS y la República China más que el «bloque comunista».

De Gaulle ha predicado con el ejemplo. Ha enseñado los dientes a los americanos, se ha salido de la OTAN, ha sido claro con respecto a las terquedades de la política alemana..., ilustrando así a los países del campo socialistas, invitándolos a despertar de la larga somnolencia. Indudablemente, ello ha creado dificultades a los soviéticos. Es sabido cómo la retirada francesa del Pacto del Atlántico, en su vertiente militar, preocupó a Novotni. Pero a fin de cuentas, para aquéllos la *cara* del gaullismo supera con creces la *cruz*.

Checoslovaquia pareció un alto en el camino, pero, pese a la brutalidad de la intervención, no ha llevado a resucitar viejos recursos. Al menos por ahora.

«Force de frappe».

De Gaulle tuvo la osadía de dotarse de armamento nuclear, como los británicos. Las mismas voces que se levantan contra la *force de frappe* no suelen tener nada que objetar a la *strike force* británica. ¿Que la economía francesa no está para tales trotes? Bastante menos lo está la inglesa. Pero adviértase que la *force de frappe* se ha montado en gran medida a costa del armamento convencional, por lo que su gravitación sobre la renta nacional es parecida a las de las defensas germana o británica.

Con ello se demuestra que, si podía acusarse al general de practicar una

política poética no se le podía acusar de descuidar el argumento supremo. El continuo acercamiento y los acuerdos entre rusos y americanos a partir del momento en que los primeros desarrollaron sus proyectiles intercontinentales, haciendo vulnerable el territorio americano, señaló que Europa podría convertirse en campo de batalla, dejando como santuarios las metrópolis de los Dos Grandes. La estrategia de la «represalia masiva» había derivado en la de «respuesta flexible». La fuerza nuclear francesa no está planificada para cotejarse con las dos gigantescas, sino que está concebida como *fuerza de disuasión*, es decir, para significar que no ofrece alternativa a las superpotencias: paz para Europa o guerra para todos. Más claro: si no puede evitarse el conflicto, hay que generalizarlo. O todos o nadie. En este sentido, Europa refuerza su propia garantía. Como ha dicho un especialista británico de relaciones internacionales, el desarrollo tecnológico de los armamentos nucleares y sus vectores «fue convirtiendo la presencia americana en Europa de una posición estratégica en un gesto político, y un gesto político se abandona más fácilmente que una posición estratégica».

La proyectada exótica defensa *tous azimuts* fue inmediatamente dejada de lado, tras los acontecimientos de la primavera de 1968. La disuasión sólo apuntará al Este. De nuevo, el Pentágono puede estarle agradecido a Cohn-Bendit.

Oriente Medio.

Refiriéndose a Oriente Medio, podemos leer en las *Memorias* de De Gaulle: «Es difícil prever alguna salida razonable de los acontecimientos en esta parte del mundo. Se puede decir, sin embargo, que ninguna actuación estratégica, política o económica durará a menos que obtenga el apoyo árabe.»

La guerra de Argelia y el aventurerismo de Suez alinearon por muchos años a Francia del mundo árabe. Pero a partir de 1962 Francia se recuperó progresivamente de la prueba, por lo que en modo alguno le interesaba que reventase el *casus belli* planteado por la crisis que antecedió a la «guerra de los seis días», pues la obligaría a elegir bando. El especialista francés de «Le Monde» en asuntos de Oriente Medio, Eric Rouleau, llegó a la conclusión de que los sentimientos personales del general son secundarios en la materia, mostrando que sus simpatías cuentan menos que sus convicciones en lo que conviene a los intereses nacionales de Francia, finalizando: «¿Es

el general De Gaulle antijudío, antiárabe, pro-Nasser o antisionista? La pregunta permanecerá planteada durante tanto tiempo como persista el profundo malentendido que separa los «moralistas» de los «realistas» en el dominio de la razón de Estado.»

La abdicación del general fue celebrada con júbilo en Israel. Las conversaciones de los «cuatro» sobre el problema no sólo no avanzan, sino que la situación sigue deteriorándose por momentos. El embargo de armas a Israel se hace insostenible ante la opinión pública francesa y los propios intereses industriales. Esto será posiblemente objeto de revisión por parte del nuevo Gobierno.

Tercer Mundo.

Sin duda alguna, De Gaulle ha sido el líder occidental que más prestigio ha acumulado en el tercer mundo, y no sólo por su obra descolonizadora y por proporcionar, en términos relativos, la mayor ayuda en la lucha por el desarrollo. Es una baza que la Francia post-De Gaulle no podrá desconocer.

No obstante, a una Francia sin De Gaulle es menos fácil que se le pasen por alto o que salgan sin crítica actos como su venta de armas a la República Sudafricana y, en general, la actitud más bien ambigua frente al problema colonialista y racista que se concentra en el África austral. Claro que, en compensación, Francia es el campeón de Biafra, un problema *periférico* que, pese a haber provocado más víctimas en dos años que Vietnam en una generación, hace derramar muchas menos lágrimas. El hecho de que sólo dos Estados francófonos africanos hayan reconocido a la República de Biafra pone de manifiesto que la teoría de los Estados «clientes» es más compleja de lo que parece.

Concluyendo.

La política exterior francesa, excepto quizá en el caso de Israel, y aun así matizadamente, es difícil que proceda a una revisión a fondo. Desde hace un año, y por las conocidas fuerzas mayores, el general se vio obligado a dar ciertos virajes y a maniobrar. Pero las elecciones presidenciales han subrayado que tanto en el interior como en el exterior no se discute en lo

esencial la continuidad institucional ni política. Si la debilidad aconseja prudencia a Francia, la propia exuberancia germana la impulsa a apiñarse más con los «anglosajones». Pero *también* con Europa oriental. La primera conferencia de prensa del presidente Pompidou ha mostrado que las líneas maestras de la política exterior francesa siguen siendo las mismas, ofreciendo su propia resistencia al cambio.

Volvamos a los malos agüeros de Reynaud: «...y cuando, después de que los franceses hayan luchado para barrer las consecuencias de los errores que han cometido, y la situación haya vuelto a la normalidad, algunos de esos errores serán olvidados. Todavía puede hacerse. El tiempo habrá cumplido su obra y el nombre del general De Gaulle evocará en los corazones franceses sólo la imperecedera memoria del 18 de julio de 1940.»

¿Que es «lo normal» en Francia? *Voilà* la cuestión.

El plano exterior del gaullismo será el que a la larga cuente decisivamente. En tal sentido, el gaullismo de De Gaulle habrá sido algo que pudo haber sido y no fue del todo, pero también será algo que no puede dejar de ser.

TOMÁS MESTRE